

GENTILES. PAGANOS.—Dióse el nombre de gentiles á todos los pueblos que vivían fuera del gremio de la primitiva Iglesia, y el de paganos á los adoradores de los dioses falsos que perseguidos por los emperadores cristianos iban á ejercer su culto al campo. Gentiles había que adoraban al Dios verdadero. (*Pagano*, el que vive en el campo.) (Acad.)

GORDO. GRUESO. OBESO.—Gordo está el que tiene muchas carnes, mucha crasicie, gordura, manteca. Grueso es el que abulta, de suyo grande y recio. Obeso es el gordo en demasía. Puede ser un hombre grueso sin estar gordo. Un hombre gordo puede no ser grueso, porque la gordura es relativa; el estado del que es grueso, absoluto. El grueso que engorda mucho, y el que engordando viene á ser grueso y pasa de grueso, ambos se ponen obesos.

MALTRATAR. DAR MAL TRATO.—Maltratar es injuriar á uno de palabra ó de obra. Dar mal trato es no tratarle con la consideración ó justicia ú obsequio que le corresponde. *Pedro maltrató á Juan dándole un bofetón, llamándole ladrón: en aquella posada me dieron muy mal trato.*

MALIGNO. MALICIOSO. MALO.—Hombre malo es el que no tiene probidad, virtudes, costumbres, etc. Malicioso es el que se inclina á pensar mal, á interpretar las cosas en mala parte. Maligno es el que siendo malo es propenso á hacer el mal; el que es nocivo.

ENFADO. ENOJO. INDIGNACIÓN. CÓLERA. IRA. ENCONO. RENCOR.—Enfado; es la impresión molesta de desazón que causa un suceso en el ánimo.

Cuando este enfado proviene de una persona que nos incomodó ofendiéndonos, se llama enojo.

Si la ofensa ó la cosa acontecida es tan injusta que salta á los ojos, ó tan inesperada que nos sorprende, causa en nosotros la indignación.

Cuando el enfado ó el enojo son tan grandes ó la indignación que causan tan difícil de reprimir que damos muestra de ello en nuestra alteración ó descompostura, pasan á ser cólera; y ésta es pasajera; así solemos decir *un arrebatado de cólera*; porque si esta cólera es duradera y promueve en nosotros el deseo de vengarnos ó castigar la ofensa se llama *ira*.

Si esta dejó en nuestro ánimo una mala voluntad contra su causa, es *encono*; y si por más tiempo que pase sin lograr la venganza conservamos siempre este encono, lo llamamos *rencor*.

De modo que el enfado y el enojo se disimulan en un principio; la indignación se reconcentra; la cólera estalla y pasa; la ira se manifiesta, dura y castiga, ó se venga; el encono y el rencor se ocultan para lograr la venganza con más seguridad y coger ya olvidado y descuidado al agresor.

ASTRONOMIA. ASTROLOGIA.—Astronomía; el conocimiento de los astros.

Astrología; el conocimiento de los astros aplicado á la pronosticación.

TEMPLO. IGLESIA.—Templo es el edificio destinado al culto en cualquiera religión; el lugar donde el hombre concurre á adorar la divinidad, sea cual fuere. Iglesia es el templo de los fieles, de los cristianos. Toda iglesia se puede llamar templo y se llama efectivamente en estilo sublime; no todo templo es iglesia. No podríamos llamar iglesia al templo de Salomón.

TAPAR. CUBRIR.—Cubrir supone la idea de una superficie ó extensión que se oculta debajo de otra. Tapar supone la idea de llenar un vacío; *se cubre el cielo de nubes; cábrome la cara con un pañuelo; se tapa la boca á otro; se tapa una botella, un agujero.* Y si fuera disimulable decir *tápese V. la cara*, nunca sería bien decir *cúbrase la boca*: lo mejor es decir *cúbrase la cara, tápese la boca*. La cubierta cubre, el tapón tapa.

TOLERAR. SUFRIR. PERMITIR.—Se tolera lo que se puede impedir; se sufre lo que no se puede impedir; se permite lo que se consiente de voluntad. *Dios no sólo tolera los malos sino que permite que los haya. El hombre sufre el castigo del pecado. El año 32 se toleraron las máscaras, aunque no estaban permitidas.* Lo que se permite puede ser bueno ó malo, lo que se tolera casi siempre es algún mal aunque pequeño. Lo que se sufre siempre es malo, por lo menos para el que lo sufre. El que permite, autoriza. El sufrir supone inferioridad. El tolerar y permitir, poder y autoridad. El reo no tolera la muerte por más resignado que muera, sino la sufre.

FALTRIQUERA. BOLSILLO. BOLSA.—Faltriquera es el bolsillo que se usa en las ropas y vestidos, destinado á guardar el pañuelo ó demás cosas menudas que se llevan encima. Bolsillo es además, y se entiende más generalmente, aquel saquillo destinado para llevar el dinero. Bolsa es sólo la del dinero, y el mismo dinero. Así que el bolsillo y la bolsa suelen ir en la faltriquera.

EL CONDE FERNAN GONZALEZ Y LA EXENCION DE CASTILLA

DRAMA HISTÓRICO ORIGINAL EN CINCO ACTOS Y EN VERSO

por

DON MARIANO JOSE DE LARRA

PERSONAS

FERNÁN GONZÁLEZ, Conde de Castilla.
DOÑA SANCHÁ, su mujer.
DON SANCHO EL GORDO, rey de León y Oviedo.
DOÑA TERESA SANCHÁ, su madre.
EL CONDE DON NUÑO ANSÚREZ, privado del rey.
DON GONZALO DIAZ, privado de Fernán González.
DON OSORIO, conde de Monzón.
SISEBUTO, secretario de Fernán González.
DON DIEGO LAINEZ, rico-hombre de Castilla.

DON NUÑO LAINEZ, rico-hombre de Castilla.
El Alcaide de la torre de León.
Un heraldo.
Ricos-hombres de Castilla.
Ricos-hombres de León y Oviedo.
Soldados castellanos.
Soldados de León.
Un criado de Palacio.
Pueblo de León.

La escena es en León, corte del Rey Don Sancho.

ACTO PRIMERO

El teatro representa el palacio del Rey, unido al monasterio de San Salvador. A la derecha, una puerta; á la izquierda la entrada al monasterio y en el fondo salida á la calle.

ESCENA PRIMERA

DON NUÑO ANSÚREZ, EL CONDE DE MONZÓN

NUÑO. Grande imagino, buen conde,
Que debe de ser el gozo
Del rey don Sancho, mi amo,
Por no esperaros tan pronto
En su corte de León.

MON. Nunca me halló perezoso
Ni su espada en las batallas
Ni su cetro al pie del trono.
¿Y sabéis, don Nuño Ansúrez,
Qué nuevo azar de los moros,
Qué necesidad del reino
Nos llama, cuando hace poco
Que á otras Cortes convocados
Fuimos ya?

NUÑO. Conde, lo ignoro.
Sólo entendí por señales
De su mal velado rostro
Que han de ser feliz presagio
Para sus vasallos todos.
¡Gran día para sus reinos!
Con impaciencia, entre otros,

Es esperado en las Cortes
Ese rayo contra el moro,
El conde Fernán González,
Cuyo brazo poderoso
Si es dique de Abderramén,
Escudo es del cetro godo.
MON. Mucho al conde se le debe
Y á su pecho generoso,
Que si es Marte en la campaña
Sabe templar los enojos
De la guerra en las virtudes
De su noble pecho adorno.
De los grandes el más grande,
Más bueno que poderoso,
Afrenta de los cobardes,
De los valientes desdoro.
NUÑO. El rey sale; podéis verle,
Que ahora pasa á su oratorio
A su rezo.

ESCENA II

Dichos, el rey DON SANCHO

MON. Gran señor,
Pues que tanta dicha gozo
De vuestra Alteza los pies..
REV. Alzad, conde de Monzón;
No esperaba yo en León,
Pues que tan anciano es,

Veros hoy, y pronto os hallo
A acreditar vuestra ley.

MON. Para servir á su rey
Nunca es viejo el buen vasallo.
Que quien con gran diligencia
Dió su sangre en campos rasos,
Puede andar algunos pasos
A dar muestra de obediencia.

REY. Bien conozco vuestra fe
Y vuestro esfuerzo, buen conde,
Y así ella sola os responde
Que siempre os estimaré.
Decid, vos, ¿qué respondieron
Los demás grandes, don Nuño,
A las cartas de mi puño?

¿A esta hora, cuántos vinieron?

NUÑO. Ya los más, señor, llegaron.
El de Astorga, el de Palencia,
Hicieron gran diligencia;
Puesto que rivalizaron
El de Nájera, el de Arlanza,
El de Abelda, el de Viguera,
Y el de Osma, y el de Junquera,
El del Vierzo, el de Berganza,
El de Lugo, el de Viseo,
El de Prusios y Zamora...
Estos condes sin demora,
Dando espuelas al deseo
De servir á vuestra Alteza,
Su gran lealtad acreditan
Y la audiencia solicitan.

REY. Gran gozo de su presteza
Recibo y podréis decirlos
Que en finando la oración,
Del palacio en el salón
Saldré luego á recibirlos.
Y mucho me maravilla
Que hoy ande tan perezoso
Quien estoy más deseoso
De que llegue: el de Castilla.
Ya Fernán González tarda.

MON. No es mucho; acaso en sus lazos
Le tienen los tiernos brazos
De su esposa, que le guarda.

REY. Mucho fuera anteponer
A tan gran necesidad
El amor á la lealtad
Y la afición al deber.
El mejor amigo mío
Siempre fué, Monzón, el conde;
Por él su lealtad responde:
Mucho en su consejo fio.
Y tanto quiero obligarlo
Que aunque me dió con amor

Su buen caballo y su azor,
Nunca yo quise aceptarlo.
Sobre tomarlo pagado,
Aun quise que cada día
Que en pagarlo tardaría
Fuese su precio doblado.
¿Hay más, Nuño?

NUÑO. Señor, ésta

Del obispo de León
Don Velasco; en su misión,
A vuestra Alteza contesta
Que el rey de Córdoba insiste
En que el mártir no se ceda,
San Pelagio, que allí queda,
Cuyo cuerpo le pediste.

REY. ¿Eso dice Abderramén?

NUÑO. Así la carta lo reza.

REY. ¡Ocasión de gran tristeza!
Mas quejarme no está bien.
Mal sentirme de él podría
Que con ser yo su enemigo,
Como cristiano, él conmigo
Usó de cortesanía,
Cuando le pedí licencia
De buscar en sus estados
Sus médicos afamados,
Y curarme la dolencia.
Por la que don Sancho el Gordo
Me apellidaron los míos,
Quitándome el reino impíos;
Y él á sus intrigas sordo,
Aunque moro, caballero,
Me dió en Córdoba hospedaje,
Sin exigir vasallaje,
Donde con saber certero
Un médico me sanó
Con raras hierbas, y cuando
Cobré el trono peleando,
Con su poder me ayudó.
Acaso con más bondad
Ese cuerpo deseado
Que hoy le niega á mi enviado
Otorgue otra vez: entrad. (*A Monzón.*)

ESCENA III

Dichos, criado de palacio y después SISEBUTO

CRIADO. Gran señor, un enviado
Del de Castilla aquí llega.

SISEB. Gran rey, que bese humilde
Tus augustas plantas deja.
Mi amo y señor, el gran conde
De Castilla, que en la vega
Inmediata, con sus grandes

Y otros condes suyos queda,
A solicitar me envía
Para entrar en León venia.
REY. Decid al conde que en mucho
Precia el rey su diligencia,
Y que bien puede en mi corte
Llegar á entrar cuando quiera.
(*Vase Sisebuto.*)

ESCENA IV

REY, CONDE DE MONZÓN, DON NUÑO

REY. (*A don Nuño.*) Y vos, puesto que los
(grandes

Y obispos con tal presteza
Llegaron, podréis decirles
Que las Cortes se comienzan.
Que los grandes alborotos
Que en Galicia se despiertan
De que es causa don Gonzalo,
Que así tan mal mis finezas
Paga; y los disturbios todos
Que aun en mis provincias nuevas
De Vizcaya se suscitan
Sostenidos por don Vela;
Y el moro enemigo fiero
Ya de León á las puertas,
Llaman nuestra vigilancia
Sobre nuestro estado. Es fuerza
Que los obispos con celo
A la religión atiendan
También, porque ningún reino
Se gobierna bien sin ella,
Que sólo á su rey acata
Quien á Dios teme y respeta.
Y dad orden, Nuño, presto,
Que antes que la noche venga
El mejor de mis caballos
Se aderece, que, pues llega
Hoy el gran Fernán González,
Le quiero dar una muestra
De cuánto le estimo y quiero,
Igualándole á mi alteza,
Con salir á recibirlo.
En más su heroica braveza,
En más su invencible brazo
León y Castilla precia,
Contra el feroz Almanzor
Que á la cristiandad aqueja,
Que cien escuadras unidas,
Que cien mil huestes guerreras
Harto bien en Piedra-Hita
Tan grande verdad se muestra
Cuando el conde solamente

Con unos ciento y cincuenta
Infantes, y cuatrocientos
Caballos, allí á sesenta
Mil moros, que armó Almanzor,
Y la gente de don Vela,
Rompió en desigual combate
Haciendo en ellos horrenda
Carnicería. ¿Y quién sabe,
Si por su brazo no fuera,
Si de nuevo hasta Gijón,
Como en otro tiempo, hubiera
Cien mil veces penetrado
El moro? Y en fin, su fuerza,
Su grande virtud me imponen
Que por mi amigo le tenga,
Que sólo á los pechos nobles
Los nobles pechos aprecian.

ESCENA V

DON NUÑO

¿Qué pretenderá de mí
Diciendo doña Teresa
Que aquí la esperase cuando
Entrase el rey en la iglesia?
Mucho será que no salgan
Mis sospechas verdaderas.
Ella al conde de Castilla
Le juró venganza eterna:
Mas ya viene.

ESCENA VI

DOÑA TERESA, DON NUÑO

NUÑO. Gran señora,
Don Nuño tus plantas besa.
TER. Levantaos. ¿Al oratorio
Mi hijo entró?
NUÑO. Ya entró su Alteza
TER. Decid que aquí no entre nadie,
Que á vos sólo hablar desea
Mi cuidado.
NUÑO. Así será
Como manda tu grandeza.
TER. ¿Sabéis, don Nuño, que en mis venas corre
La ilustre sangre de don Sancho Abarca?
¿Sabéis que en el palacio de sus reyes
Vió la luz, en Pamplona de Navarra?
¿Que su fausto dejó cuando mi lecho
Vine á partir con el que fué en Simancas
Vencedor, y que en ello don Ramiro
Más de mi padre con la ilustre alianza
Ganó también que si vencido hubiera
Al fuerte Abderramén en cien batallas?

NUÑO. No ignoro, gran señora, que este enlace
Su corona, ya débil, afianzaba
Mucho en León.

TER. Don Nuño, y á mi padre,
A don Sancho, ¿sabéis quién le matara?

NUÑO. Sé que le dió la muerte en lid sangrienta,
Con sólo un bote de su fuerte lanza,
El conde Hernán González de Castilla,
El herido quedando, allá en Gollanda.
¿Quién pudiera ignorarlo?

TER. ¿Y sabéis, Nuño,
Que su sangre vertida sin venganza,
Viviendo su hija con oprobio y mengua,
Venganza al cielo, inexorable clama?

NUÑO. Sé que más justo el conde en la pelea
Con el favor del cielo hubo ventaja.

TER. No tanto os pregunté. Justo ó no justo,
Yo, conde, há tiempo que debí vengarla.
Sí; desde entonces, Nuño, ¡cuántas veces
Votos al cielo por su muerte alzara!
Nunca, ni un día, ni una hora, un punto
Yo dejé con ardor de desearla.

Su perdición juré; si juzga alguno
Que ya en mi pecho de vengarse el ansia
Pudo extinguirse con el tiempo acaso,
Pudo nunca mirarse amortiguada,
¡Oh, cuál mi fiera condición ignora!
Romper su corazón, ver sus entrañas
Allí en su sangre palpitando, rotas,
Humeantes aún; y á su alabanza
Un término poner, esa, don Nuño,
Oidlo ya, si lo ignoráis, el ansia
Fué que yo tuve. Le aborrezco, le odio,
Y aun odio más que á él á doña Sancha.
Sabedlo, en fin. Si su poder divide
Hoy en Castilla con mi propia hermana,
Sola la causa fué: y el rey García,
Nunca pensó mi hermano, el de Navarra,
Que así pudiera con oprobio suyo
Dar á Fernán González doña Sancha
Su mano, si antes por mi voz no oyera
Que era tan sólo de matarle trama.
Yo así la urdí, yo...

NUÑO. ¿Vos?

TER. Yo.

NUÑO. ¿Vos, señora?

TER. Yo imaginé que solo, sin sus armas,
Entre la alegre pompa de Himeneo,
Pues que intentar vencerle en las batallas
Inútil fué mil veces, fácil fuera
Vengar la muerte de don Sancho Abarca.
Yo la boda tracé; ¿quién pensaría
Que el éxito engañase á mi esperanza?
Cuando preso en Pamplona, entre cadenas,

La víctima miré junto á las aras,
Vióle mi hermana, y en su amor ardiendo
Traidora le salvó. ¡Cielos! ¡qué rabia!
¡Oh, cuántas veces al amor maldije,
Y maldije con él á doña Sancha!

NUÑO. ¿Y qué intentáis? ¿Acaso también ahora
Cuando á estas Cortes la nación le llama
Habéis pensado?...

TER. Asegurar el golpe
Pienso, en esta ocasión, de mi venganza.

NUÑO. ¿De qué suerte?
TER. ¿Me debes obligaciones?

NUÑO. Yo cuanto soy os debo.
TER. ¿Y recordarlas

Necesito á don Nuño?
NUÑO. Gran señora,

Las tiene aquí don Nuño bien grabadas.
TER. ¿Lo que puedo en la corte yo ensalzarle
Sabe?

NUÑO. Lo sé.
TER. ¿Y el mal que, si faltara
A lo que espero de él, hacerle puedo
Sabe también?

NUÑO. Lo sé.
TER. Dame palabra.

¿Puedo contar con él?
NUÑO. Aquesa duda
De vuestra boca mi lealtad agravia.

TER. Pues oye. Hoy mismo sin su gente debe
Llegar Fernán González á este alcázar.
¿Tienes, Nuño, valor?

NUÑO. ¿Cuál es tu intento?
TER. Tengo su perdición asegurada.

El rey mi hijo don Sancho ha de prenderle
Pues yo le he de probar que arma asechan-
(zas.

Toma: entre grillos, humillado, ociosa
Para su gran valor su fuerte espada,
Yo te le entrego: si las honras quieres
Conservar por mi influjo antes logradas,
Si otras mayores conseguir deseas,
El corazón del pérfido traspasa.

NUÑO. Guardad, reina, guardad vuestros ho-
(nores

Para otra alma más vil y mercenaria.
¡Corrido estoy, por Dios! Sí, los desprecio
Si he de comprarlos con mi propia infamia.
¿Quién fué el osado que os mintió que Nuño
Pudiera nunca con cobarde traza,
Cual ratero ladrón, borrar tan grande
Echar sobre su honor, tan torpe mancha?
¿Cuándo me visteis con puñal alevé,
Como asesino vil, en la emboscada
Su víctima acechar? ¿En qué combate

Visteis á Nuño huir? ¿Cuál en mi cara
Brilla señal de la traición infame?
¡Oh! si pudo algún tiempo dar entrada
A tan torpes indicios, ved mi pecho,
Tomad, señora, mi luciente espada.
Si en tantas veces como el campo moro
Bañó en sangre enemiga por la patria,
No alcanzó á dar á su infelice dueño
Mayor blasón, ni más ilustre fama,
Dad otro empleo á su tajante filo,
O bien mi pecho traspasad... ¿qué aguardas?
Aun dentro alienta en este pecho un no-

(ble
Corazón español.

TER. ¿Y aquesto aguanta
Quien tanto puede? Huid de mi presencia.
Yo enfrenaré, don Nuño, vuestra audacia.
¿Sois vos el caballero? ¿Sois el firme?
¿Sois vos aquel que la ocasión demanda
De perecer por mí, y aquel que tanto
Su fe hasta el cielo y su lealtad levanta?
¡Ah! mal que os pese morirá ese conde
Y vos con él. Huid. ¿Así se paga
Quien tanto hizo por vos? Cuando mi

(padre
Os armó caballero allá en Navarra
Ante los grandes de su reino todos,
Yo misma, ¡necia! ¿no os ceñí la espada?
¿Este el pago será de tanta deuda?
¿Es esto gratitud? ¿Cuán mal vuestra alma
Su bajo temple esconde! ¿Qué? ¿aun ata-

(do
El gran Fernán González os espanta?
¿Tan grande es su poder? ¿Queréis acaso
Que envuelto ya os le den en la mortaja
Para matarle? Pues veréis mi brazo:
A una débil mujer más alentada
Para el riesgo veréis: nada su esfuerzo
Le impone á mi valor.

NUÑO. Basta ya, basta.
Mandadme luego que en su tienda busque
Allí en el centro de su tropa armada
Al feroz Almanzor; que su cabeza
Sobre la punta de mi fuerte lanza
Yo ponga á vuestros pies; que la corona
Luego á León de Abderramén os traiga;
Veréisme al punto más feroz que nunca
Romper su hueste, en su cerrada escua-

(dra
Bañarme en polvo y en la sangre mora,
Nuevo Pelayo, y sobre rotas armas,
Y cotas y paveses penetrando,
Débil amparo serle las murallas
De Córdoba, y sembrando luto y muerte,

Hasta las anchas vegas de Granada
La España recorrer; cetro y cabeza
Pronto veréis rodar á vuestras plantas
O yo en la empresa moriré.

TER. Don Nuño,
Pues si ese mismo sois y si os halaga
Tanto, Nuño, el poder, tomad el hierro:
¿Pensáis corresponder á mi esperanza?
O temed....

NUÑO. ¿Yo? Jamás: antes del cielo
Un rayo me confunda... Oyeme... aguarda.
Deja á los viles la traición y el dolo.
A los cobardes abandona esa arma.
Tengo espada; valor Fernán González:
Yo cuerpo á cuerpo reñiré, y quien salga
Del duro acero del contrario libre,
Ese libre será. Responde. ¿Callas?

TER. Es grande su valor.
NUÑO. Y es invencible
Quien por las damas y el honor batalla.

TER. Fuera yo loca y necia. ¿Vos vencerle?
¿Sabéis, don Nuño, vos, de quién se trata?
Yo os dejo: ya os conozco, y os advierto
Solamente que el labio, si es que aun ama
Algún tanto la vida, cual la tumba
Calle: y mirad que si indiscreto hablara,
No ha de faltarme... pero, en fin, yo

(quiere
Firme aquí de vos. ¿Dáisme palabra
De sepultar lo que sabéis...? ¿Juráisle?
Vamos.

NUÑO. (¡Cielos! ni sé lo que me pasa.)
Sí, juro.

TER. Sea en buen hora. ¿Conocéisme?
NUÑO. Demasiado.

TER. Pues bien. Así descansa
Mi pecho; y si calláis, á mi cuidado
Queda el conde. Temblad si...

NUÑO. Juré y...
TER. Basta. (Vase.)

ESCENA VII

NUÑO. ¡Confuso quedo y loco! ¿Qué he escu-
(chado?

¡Oh! ¿Qué mujer es ésta? ¡Mi esperanza
Encomiendo á los cielos!... ¡Infelice
Conde! ¡Él ignoralo que en León le guarda!
Que para el tigre que su sangre anhela
Perezca el conde, aunque perezca España.